

CAPITULO XII

CAMPAÑA DE AREQUIPA

- I Velásquez en Tacna.
- II Cómo consiguió Velásquez mandar la expedición.
- III Toma de la cuesta de Huasacachi y rendición de Arequipa.
- IV Cómo apreciaba Santa María la ocupación de Arequipa.
- V En Arequipa.
- VI Urriola en Ayacucho.

I

Los territorios de Tacna y Arica estaban gobernados en 1883 por un funcionario con el título de Jefe Político y militar, dependiente del Presidente de la República, no del General en Jefe de Lima.

Marzo de 1883. *Ve-* Tarapacá se regía lo mismo. Ambas autoridades eran civi-
lásquez en Arequipa les. El Jefe de Tacna y Arica era don Manuel José Soffia, que mandó en calidad de comandante movilizado el batallón Colchagua en la campaña de Lima, y después de terminada la parte activa de la guerra, se había retirado de las filas de la milicia como muchos otros jefes y oficiales. Había en Tacna y Arica una guarnición de 3.000 hombres más o menos. El 15 de marzo de 1883, fué nombrado Jefe de esa guarnición el coronel don José Velásquez, conservando Soffia el puesto de Comandante General de las Armas. Velásquez era una de las más prominentes figuras del ejército chileno en ese tiempo. Se recordará que había desempeñado el cargo de Jefe de Estado Mayor en la campaña de Tacna y el de Comandante General de Artillería en la de Lima (1).

El ambiente de la superioridad en Tacna no era simpático para el general Lynch. Soffia tenía antiguos agravios con él del tiempo en que había servido

(1) El Ministerio al comunicar su nombramiento a Velásquez le decía: "Marzo 16 de 1883. Nombrado US. jefe de la división que guarnece los territorios enemigos de Tacna y Arica, donde existe, desde su ocupación por nuestras armas, una autoridad civil que inviste al mismo tiempo el carácter de Comandante General de Armas, conviene que US. tenga presente que la idea del Gobierno, al investir a US. del mando de las fuerzas existentes en ese territorio no ha sido en manera alguna crear nuevas autoridades con atribuciones antagónicas a las de que ya existen, sino, al contrario, dar a ésta cooperadores en la tarea común de mantener el orden en aquellos territorios y de protegerlos contra agresiones del enemigo.

"En esta virtud, US. procurará en el desempeño de su cometido proceder en el más completo y constante acuerdo con el Jefe Político y Comandante General de Armas de ese territorio, allanándole todas las dificultades y prestándole todos los auxilios que requiera de US. para cumplir las órdenes y encargos que tiene del Gobierno".

Y Velásquez le escribía a Santa María desde Tacna: "8 de junio de 1883. Yo no haré otra cosa en este lugar que concretarme al perfecto arreglo militar de la fuerza que V. E. ha entregado a mi cuidado y dirección, de acuerdo en todo con el Jefe Político, que es el representante del Gobierno en este departamento".

a sus órdenes, y Velásquez como militar de carrera miraba con desapego a ese marino injertado en las filas del ejército, donde les había disputado a ellos, los oficiales profesionales, las glorias de la campaña.

Velásquez a su llegada a Tacna supo que la desertión había tomado grandes proporciones. Era fruto del cansancio que la pasividad del cuartel ejercía en naturalezas impulsivas, que se habían enrolado con otros estímulos que la vida de guarnición. "Son bien tratados, decía Velásquez, están muy regularmente vestidos, tienen buen sueldo y buen rancho", y sin embargo, los jefes debían estar atentos en las horas francas para que el soldado no se fuese a contratar como trabajador en las minas o campos circunvecinos. Para contener el mal distribuyó piquetes en todos los puntos cardinales de los campamentos; uno en Sama, dando vista al camino de Locumba por el norte; otro al este en Pachia; otro al sur en Camarones. El anhelo de la paz no era sólo de la Cancillería sino del soldado que estaba cansado de una guerra desprovista de esos sacrificios que unen las voluntades y retienen al hombre en las filas.

Nada de particular ocurrió durante los dos primeros meses de la residencia de Velásquez en Tacna, pero al finalizar mayo supo que el coronel Somocurcio, dependiente del ejército de Montero, había ocupado Moquegua con los batallones Ayacucho y Piquiza y el escuadrón Húsares de Junín, en total con 1.000 hombres próximamente, llevando además a un guerrillero cubano, Pacheco Céspedes, para organizar un cuerpo de caballería con los habitantes del valle.

Anticipándome al momento actual de esta relación, recordaré que habiendo sabido Velásquez que este montonero se encontraba en el valle de Locumba, envió a sorprenderlo una columna de 200 hombres, formada con 150 jinetes de los escuadrones Las Heras, y General Cruz, y 50 infantes del Santiago, toda ella a cargo del Sargento Mayor, don Duberli Oyarzún, el cual llevaba como su segundo al capitán movilizado, don Régulo Valenzuela. El 2 de agosto esta tropa sorprendió a Pacheco Céspedes en Mirave, al pie de la cordillera, en el nacimiento del Locumba, en un sitio estrecho rodeado de farellones de piedra.

Combate en Mirave Los peruanos se defendieron como los bolivianos en Calama, disparando desde los matorrales y sinuosidades del terreno, y ocultándose, y después huyeron en dispersión, pero una partida de 60 hombres más o menos fué cortada y acuchillada valientemente por el capitán Valenzuela y dejó en el campo 37 cadáveres y tres oficiales prisioneros.

Somocurcio situó su tropa de modo de rodear la cuesta los Angeles: parte en Moquegua, otra en Yacanga y Torata, a espaldas de esa célebre fortaleza natural.

Junto con la noticia de la ocupación de Moquegua se recibió en Chile la de que Montero había hecho salir de Arequipa, hacia los reductos de Cáceres, desguarnecidos ahora por la marcha de éste al norte durante la campaña de Huamachuco, a otra sección del ejército de Arequipa, lo cual disminuía notablemente la guarnición de esta ciudad. Santa María manifestó entonces gran empeño porque Velásquez atacase de sorpresa los batallones de Somocurcio y destruyese así las antenas del ejército de Arequipa. Pero no encontró en Velásquez el hombre que necesitaba para una empresa impulsiva y rápida. Velásquez era un oficial reglamentario, capaz de acometer cualquiera obra, por difícil que fuera, pero ordenadamente. Era opuesto a operaciones de la clase de la que

prohijaba Santa María. Tenía además el resabio de su institución. Era inclinado a exagerar las fuerzas del enemigo.

Suponía que existían en Arequipa muchos más elementos de los que en realidad había y en esa apreciación le acompañaba Lynch (2). Hablaban ambos de que Arequipa disponía de un ejército de línea de 3 a 4.000 hombres, y de 8 a 10.000 guardias nacionales que defenderían su ciudad con excelentes rifles modernos, proporcionados por Bolivia, y con baterías Krupp flamantes. Lo de las armas era cierto, pero el ejército apenas merecía ese nombre, y en el pueblo faltaba el espíritu de sacrificio. En cambio Santa María, que era lector de historia americana, recordaba que Arequipa había sido tomada por el general Miller con un puñado de hombres, y que en las guerras civiles del Perú había pasado de mano en mano de sus caudillos sin gran dificultad. Conocía a Montero personalmente. Lo creía incapaz de organizar con seriedad un gobierno. Sabía que su arma predilecta era el bombo y los platillos que se hacen sonar en la política electoral, y estaba convencido de que bastaría un *amago* a Arequipa para que aquel gobierno se derrumbase. Había, pues, una disidencia de doctrina entre Velásquez y él sobre la importancia de las operaciones rápidas y audaces, y otra profunda sobre los elementos de defensa de Arequipa.

Durante la campaña de Huamachuco, Santa María, lo repitió, quiso que Velásquez emprendiese esa operación. El 25 de mayo le telegrafiaba:

“¿Sería difícil y costoso caer de sorpresa sobre Moquegua? Recuerdo en este momento la expedición del general Miller”.

El 5 de junio le recomendaba por telégrafo que en caso de ser cierto que hubiesen salido de Arequipa fuerzas para Moquegua y para el interior, marchase sobre Arequipa con rapidez. Velásquez contrariado con la posibilidad de tales operaciones le escribió con evidente desagrado:

“Velásquez a Santa María. Junio 8 de 1883. La guerra de montoneras, de quebradas, desfiladeros, galgas, idas y venidas, etc., persecuciones y eterna jarana se hacen cuando no hay algo mejor y más serio que hacer. Suplico a S. E. no me mande hacer semejante clase de guerra. Trato, pues, de evitar marchas y contramarchas sin objeto y que siempre, a mi juicio, antes que ahora, serán la causa de la completa desorganización de los más disciplinados ejércitos”.

Ante esta formal resistencia, Santa María se sintió ofendido, y pensó en sustituir a Velásquez.

Pero como el Presidente insistiera en su manera de pensar, Velásquez solicitó de Novoa alguna artillería y un refuerzo. La artillería se le envió, no así la tropa por negativa de Lynch.

Cuando se supo en Santiago el triunfo de Huamachuco se avivó en Santa María el deseo de emprender alguna operación contra Arequipa, buscando el

(2) “Velásquez a Santa María. Junio 8 de 1883. No tenga duda S. E., Arequipa será defendida por 8 ó 10.000 ciudadanos armados sin contar la parte del ejército que puedan reunir ahí”.

Después de la rendición de Arequipa, Santa María escribía a Lynch: “Octubre 30 de 1883. Por la centésima vez nos hemos convencido que los peruanos mienten, como unos locos... ¿Dónde están los 10.000 hombres de que tú me hablabas con seriedad?”

efecto moral, la descompaginación que experimentaría Montero en esas horas azarosas. Se agregaba a esto que Novoa, que veía la realidad en el terreno, consideraba inconclusa la obra de la paz, mientras existiera un ejército y un gobierno en rebelión contra ella en una ciudad de la importancia de Arequipa, y formuló la petición de que esa necesidad se considerara y que se le enviaran instrucciones para el caso que la presencia de Iglesias en Lima no provocase por sí sola la caída de Montero, como algunos lo creían (3).

Esa consulta se cruzó con una resolución igual de Santa María, lo que prueba que la cuestión estaba en el ambiente. Consistía en que Velásquez marchase a Moquegua sin pedírsele opinión, y que una columna de 1.500 hombres situada en Huancayo al mando del coronel don José Antonio Gutiérrez obrase simultáneamente con él y avanzase a Ayacucho, de modo de *amagar* por dos frentes a Arequipa, lo cual creía suficiente para que la ciudad se rindiera. Y en el evento de que no sucediera así dispuso que Lynch preparase 4.000 hombres para auxiliar a Velásquez y a Gutiérrez en caso necesario. Esto debía de hacerse en octubre, es decir un mes después (4). Y junto con avisar esto a Lynch se lo comunicó a Velásquez. Este se halagaba con la expectativa de dirigir la expedición y ahora venía Lynch, el gran cucalón (5) como se le llamaba en los cuarteles, a disputarle esa situación que ambicionaba tanto.

Nótese que Santa María hablaba de *amagar* a Arequipa, no de tomarla por la fuerza. Creía que aquello bastaría para que se rindiese por tal de evitar un asalto. Aspiraba a una campaña sin sangre. ¡Se había derramado tanta! Su patriotismo sufría con el sacrificio de sus compatriotas. El criterio militar de Velásquez no se avenía con ese proyec-

(3) "Novoa a Aldunate. Septiembre 5 de 1883. De mi correspondencia con Ud. y con el señor Santa María deduzco que para ir adelante con Iglesias y aun para reconocerlo y constituirlo gobierno no se hace caudal de Arequipa, y que por ahora se le deja entregado a su propia suerte. Y aunque es de creer que si Iglesias se constituye gobierno en Lima, haya en aquel pueblo del sur un levantamiento que dé por resultado la adhesión del caudillo del norte, ya Presidente, yo me coloco en el caso de que tal levantamiento no acontezca. Y entonces, ¿vamos a Arequipa? ¿Podemos dejar que Iglesias se defienda de Montero y que la paz se haga sin contar con el departamento del sur?"

"Querría conocer la mente del gobierno sobre el particular, etc."

(4) "Santa María a Lynch. Septiembre 5 de 1883. Al mismo tiempo de traer a Iglesias a Lima debemos amagar seriamente a Arequipa, y prepararnos para irnos sobre ella sin tardanza en el mes de octubre si nuestro *amago* no da su resultado. Velásquez debe marchar sobre Moquegua y ponerse en aptitud de descolgarse sobre Arequipa, como Gutiérrez debe hacer otro tanto, una vez que llegue y se apodere de Ayacucho. No se dejen ustedes embromar con las fuerzas de Arequipa. Ha sido vencida cien veces por soldados peruanos y por caudillos peruanos, desde Santa Cruz, Gamarra, Castilla, Nieto, Vivanco, etc."

"La expedición a Arequipa no tiene los embarazos que algunos pintan. Todos los caudillos peruanos la han emprendido con menos elementos que nosotros y con infinitos menos recursos que los que nosotros tenemos".

"Es posible que ni la presencia de Iglesias en Lima, ni el *amago* de nuestras divisiones precipite a Montero. En tal caso debes lanzarte con 4.000 hombres por Mollendo, de manera que obrando en combinación, Arequipa se encuentre asediada y encerrada. Entonces serán los ayes de la desesperación porque Arequipa no puede resistir dos horas a un ataque simultáneo nuestro". "Debes prepararte para este evento, sin olvidar que octubre es el mes útil que debemos por mil razones aprovechar".

(5) Apodo con que se motejaba a los que sin ser militares intervenían en operaciones de guerra.

to. Estando ya en Moquegua, donde recibió una carta en este sentido de Santa María, escribía a su amigo Soffia:

“Velásquez a Soffia. Septiembre 27 de 1883. Tengo carta de don Domingo Santa María con fecha 11. El señor Presidente acepta el *amago* a Arequipa, pero también le gustaría *algomds*. Lynch me dice tiene prontos para lanzar 4.000 hombres. Este, Gutiérrez y Ud. harán temblar a Arequipa. También quiere evitar a toda costa y por todos los medios posibles, mayor derramamiento de sangre chilena.

¡Entienda Ud!”

Este desacuerdo persistente en la apreciación del problema militar distanció a Santa María de Velásquez. No estaban hechos para entenderse. Santa María era una naturaleza nerviosa e impulsiva; Velásquez hombre tenaz y frío. No era Velásquez el jefe que aquel deseaba para la expedición; no cuadraba con sus propósitos ni con su carácter.

El problema militar lo vió Santa María más claro que Velásquez. El estadista triunfó sobre el jefe experimentado y sagaz. Bastó un amago serio para que Arequipa se rindiese sin derramamiento de sangre. La campaña de Arequipa no costó la vida a un solo soldado chileno. Montero, como lo preveía Santa María, fué arrojado del proscenio por su propio público.

II

Septiembre de 1883.
Velásquez en Moquegua

Obedeciendo a la orden del Presidente, el 14 de septiembre, salió de Tacna para Moquegua la división Velásquez, con 2.200 hombres de las tres armas. Sus elementos de movilidad y bagajes correspondían a un cuerpo de tropa más numeroso. El resto de la guarnición quedó listo para acudir a su llamada. Llevaba como Jefe de Estado Mayor al teniente coronel de artillería don Exequiel Fuentes, el cual cambió su puesto en el curso de la campaña por el de ayudante del Comandante en Jefe. Mandaba la caballería el coronel don Rafael Vargas; la sanidad el cirujano don Marcial Guzmán; el parque, el comandante movilizadon don Francisco Bascuñán. Este era el personal militar dirigente, pero en la adquisición de mulas y aparejos, en la selección y rebusque de los arrieros conocedores del desierto, en acopiar los víveres, en reparar las monturas y piezas de cuero y hierro, en la preparación técnica de la campaña, correspondía mucha parte a Soffia, el amigo de confianza de Velásquez. Soffia y él habían reunido datos de las poblaciones y caminos; de las aguadas y forrajeados, de tal modo que de antemano conocían los alojamientos y los recursos que podían encontrarse. El plan expedicionario era fruto del estudio de ambos.

Para marchar de Tacna a Arequipa, podía tomarse la vía de mar o la de tierra, pero la primera estaba cerrada para Velásquez por falta de embarcaciones. Esa era utilizable para Lynch no para él. Una división que viniera de Lima quedaba en situación de desembarcar indistintamente en el puerto principal de esa zona, Mollendo, que era cabeza del ferrocarril de Arequipa-Puno o en alguna caleta, como ser la de Quilca donde bajó la expedición de Blanco Encalada en 1837, o en una llamada de Cocotea que Velásquez y Soffia consideraban como la preferente para la expe-

dición en proyecto, en caso de obtener medios marítimos de movilización; o la de Ilo o Pacocha en que inició Sotomayor en 1880 la campaña de Tacna.

Pero obligado a pensar en un viaje por tierra, Velásquez tenía que resolverse por el camino que se designaba con el nombre "de los Valles", el cual cruzaba Locumba, Moquegua y la hoya del río Tambo. En cada lugar de esos había agua y algunos forrajes. Desembarcando en Ilo se tomaba la misma ruta, no así bajando en Mollendo, Quilca o Cocotea, porque entonces había que desafiar la pavorosa inclemencia del desierto en treinta o cuarenta leguas sin agua, sin abrigo, ni más compañía que el cielo estrellado, y cerros desnudos y amarillentos, cubiertos de arena.

Velásquez ocupa Otora

Quando Velásquez instigado por Santa María salió de Tacna, le telegrafió avisándole e hizo que Soffia le explicara que iba a tomar posesión de Moquegua y de la cuesta de los Angeles, corriendo sus avanzadas al interior hasta un punto llamado Otora, donde había recursos para mantener una vanguardia de caballería, y que se quedaría allí esperando sus últimas resoluciones. Le agregaba que necesitaba un refuerzo de 1.500 a 2.000 hombres para seguir hasta Arequipa, el cual podía reunirse echando mano del sobrante de la guarnición de Tacna o con la que había en Tarapacá ociosa. No pedía fuerzas de Lima porque estudiadamente él y Soffia querían evitar llamar la atención de Lynch a su empresa y provocar su interés.

Santa María que anhelaba ver realizada la operación, recibió con agrado esa noticia. Y como coincidiera con la partida de Aldunate a Lima, uno de cuyos objetos era, según ya se sabe, lanzar la expedición de Arequipa, le encargó que comunicase a Lynch y a Novoa el siguiente plan auspiciado por él; reforzar a Velásquez con los 1.500 o 2.000 hombres que pedía, y que se quedase en Moquegua y Otora esperando órdenes; mandar al coronel Urriola que regía ahora la división del interior teniendo como su segundo al coronel Gutiérrez, que avanzase a Ayacucho a cerrar la puerta de la fuga a las tropas de Montero, y que Lynch como General en Jefe bajase en Mollendo o Quilca con 3.000 hombres y combinase el cerco de la ciudad peruana. Demasiadas divisiones y demasiadas combinaciones. Santa María no comprendió nunca bien que en la escultura y en la guerra la sencillez es parte del éxito. Es cierto que esta vez ese avance armónico tenía concordancia con el plan que deseaba ver realizado, el cual era *amagar*, impresionar, confundir al adversario, y obligarlo a rendirse por una presión psicológica. Pero no se daba cuenta que un entorpecimiento cualquiera en alguno de los resortes de la máquina, en Mollendo, en Moquegua o en Ayacucho, daría en tierra con la combinación. Fuera de esas

Que Lynch dirija la campaña

tropas expedicionarias ordenó que Lynch, antes de partir de Lima, dejase lista una división escogida de 4.000 hombres para "saltar como un gato" decía, sobre Bolivia, en el caso que esta nación favoreciera a Montero. Era parte del plan la reserva para producir el efecto buscado en Arequipa y además que Lynch fuese el encargado de realizarlo. Esto es lo que recibió encargo de ejecutar Aldunate en Lima.

Como lo he dicho, éste se embarcó en Valparaíso el 17 de septiembre y Velásquez había emprendido su marcha para Moquegua el 14, de modo que no pudieron verse en Arica, el 22, cuando tocó allí el vapor que conducía a Aldunate.

Vamos a presenciar algo curioso. El efecto sorpresivo a que Santa María daba tanta importancia se frustró por la indisciplina de la prensa. Un periódico de La Serena publicó una relación completa de lo que se proyectaba, con el nombre de los cuerpos destinados a la expedición y de los jefes, lo que reprodujo un diario de Santiago, llevando por consiguiente al conocimiento del enemigo todo el plan. Y en cuanto a que el Jefe de la expedición fuera Lynch, lo que Santa María creía indispensable, lo desbarató Soffia que así vengaba sus viejos rencores con el General en Jefe de Lima.

El vapor en que viajaba el ministro tocó en Arica el 22 de septiembre al amanecer. Todo el mundo dormía en la población. La bahía estaba desierta. No había otra persona en pie que el Jefe Político de Tacna y se oían en el muelle los resoplidos de un tren caldeado esperando al viajero para conducirlo a Tacna. En esta ciudad Soffia lo agasajó en su casa; le mostró mapas e itinerarios; le desarrolló lo que llamaba el plan de Velásquez y que consistía en marchar sobre Arequipa con 4.000 hombres, prescindiendo de la división de Lynch, por innecesaria, y Aldunate se adhirió a su proyecto y le ofreció apoyarlo con su autoridad incontestable en Lima y en Santiago. Soffia le refería en intimidad así estas ocurrencias a su amigo Velásquez:

"Soffia a Velásquez. Septiembre 24 de 1883. El sábado 22 me fuí a Arica en un tren expreso, a las 4 1/2 de la mañana, a esperar al Ministro que me avisó desde Iquique que deseaba venir a Tacna, saliendo de Arica a las seis de la mañana para regresar en el día y seguir viaje al Callao. A la hora fijada estaba yo a bordo del *Mapocho* cuando todavía dormía el gobernador, capitán de puerto, comandante del resguardo, etc., así es que Aldunate y demás caballeros que le acompañaban aplaudieron mucho mi exactitud agradeciendo a la vez la atención de haber ido a recibirles.

"Como a las 7 estábamos en tierra y nos pusimos en marcha, llegando a ésta antes de las 9 de la mañana con una comitiva de ocho personas. Después de recorrer algunas calles de la población nos fuimos todos a casa donde nos esperaba la señora con una cazuela de capón, de esas que le gustan a Borgoño, (don José Manuel Borgoño, comandante del Angeles) y con una copa de champaña".

"Cuando le expliqué el plan que Ud. llevaba y le leí la carta que le escribí a don Domingo Santa María, cuya contestación esperaba ese mismo día por el cable, se entusiasmó mucho y me prometió que haría lo posible para mandarle el refuerzo de 1.500 hombres *para que Ud. llegara hasta Arequipa*. Me dijo: no pido desde luego la fuerza que se necesita porque siendo indispensable sacarla de Lima, y dado el interés manifestado por Lynch para mandar esa expedición, sería exponernos a crear dificultades, así es que es mucho mejor que yo vaya a Lima a arreglar todo esto. Yo le observé que si no disponía y ordenaba las cosas desde aquí era seguro que en Lima le comprometerían a aceptar otro plan, a lo cual me replicó que fiara en que él haría de modo que se llevara a cabo el proyecto de Ud."

"Como Ud. vé el negocio no va mal, y la impresión que me deja hasta ahora es que Ud. será el primero en llegar a Arequipa y si no sucede así crea que no es porque yo me haya descuidado en hacer toda fuerza de vela con Aldunate y el Presidente a favor de nuestro proyecto".

Santa María, como lo he dicho, aceptó que Velásquez ocupase la sección de Moquegua a Otorca en la inteligencia de que aguardaría allí la llegada de Lynch, quien sería el encargado de dirigir la expedición.

El 29 de septiembre enviaba este telegrama a Aldunate que ya estaba en Lima.

"Santa María a Aldunate. Septiembre 29 de 1883. Creemos que Lynch y Velásquez deben obrar conjunta y rápidamente, y que deben tenerse listos otros 3.000 hombres para apoyar nuestras divisiones si los bolivianos viniesen a Puno".

¿Cómo se desistió Lynch de dirigir una empresa que acariciaba tanto?

Aldunate le manifestó la conveniencia de que no se ausentara de la capital peruana, donde no había quien lo reemplazara. Se acercaba la ocupación de esa ciudad por Iglesias, y el traslado del ejército a sus nuevos campamentos exigía atenciones y competencia que no era fácil encontrar en otro. Lynch a su vez, era poco afecto a aceptar combinaciones militares hechas en que no hubiera intervenido, y objetó lo que llamaba el plan de Velásquez. En vez de que se le reforzara como éste lo pedía, Lynch recomendaba que esa división bajase de Moquegua a la costa donde se embarcaría para Quilca y se reuniría allí con la suya que llevaría de Lima, y el ejército entero marcharía entonces sobre Arequipa bajo sus órdenes. Y si no se hacía así se manifestaba poco dispuesto a dirigir la campaña. Las ideas de Lynch fueron rechazadas en Santiago y es de creer que Aldunate no hiciera mucho por arreglar la dificultad.

El Presidente insiste en la jefatura de Lynch

Pero, a pesar de eso el Presidente insistía todavía en que Lynch fuera a dirigir la expedición, aunque fuera llevando un refuerzo de solo 1.000 hombres (6). Quería a toda costa que se presentase en el campamento de Moquegua y asumiera el mando en Jefe. Era una cuestión de confianza nacional por el prestigio de que gozaba Lynch, y a la vez satisfacía su deseo de alejar de allí a Velásquez, con quien no se podía entender. Ignoraba el por qué de la tenaz resistencia de Lima a cumplir sus órdenes, y en realidad nunca comprendió bien cómo ocurrió lo que ahora refiero.

El 9 de octubre telegrafiaba a Aldunate:

(6) "Santa María a Altamirano. Octubre 9 de 1883. De tiempo atrás exigía a Velásquez que se moviese y me inquietase a Arequipa, ya que se aseguraba que esto sólo faltaba para que el pueblo se pronunciasse. Al fin armó su división y me avisó que iba sobre Moquegua y Torata y que llegaría a Arequipa si le ayudaba con 1.500 hombres más. El llevaba 2.200.

"Encaminada así la cosa y en camino también, Aldunate para Lima indiqué al General, después de acuerdo maduro con los colegas, que saliese de allí una división de 3.000 hombres que desembarcando en Quilca u otro puerto avanzase sobre Arequipa en combinación con Velásquez, a quien se ayudaría como él exigía. De este modo nos parecía el resultado seguro.

"En Lima Lynch propuso que Velásquez viniese a la costa; que se embarcase allí y desembarcase en la caleta que se determinara; que él saldría con una división, tomaría el mando de la expedición y marcharía a tambor batiente.

"La indicación no podía ser aceptada. No se comprendía a qué venía Velásquez a la costa desandando lo ya andado. Fué entonces cuando se convino en Lima que 3.000 hombres, no 1.500, reforzasen a Velásquez, de modo que pudiéramos quedar aquí y allá en completa confianza".

"De todos modos he sentido que no se haya atacado o amagado a Arequipa por la costa. Así no había escape, cualquiera que fuese la actitud de Bolivia. Ha influido para ello la necesidad imprescindible de mantener al General en Lima. Según Aldunate en estos momentos no habría quien amarrase tanto hilo, pero no le disimularé que también ha habido sus celillos de amor propio, raros en el General, pero que acusan que el corazón humano paga siempre tributo a sus debilidades".

"Santa María a Aldunate. Octubre 9 de 1883. Insisto en que sería conveniente que el General se ponga al frente de la división sobre Arequipa. Si subiere con 1.000 hombres cesarían todas las inquietudes".

Refuerzos de Lima a Velásquez

Como resultado del desistimiento de Lynch, Aldunate envió a Soffia la buena noticia que iría a Ilo (Pacocha) un refuerzo de 3.000 hombres para Velásquez siempre que él se comprometiese a aguardarlo con 400 mulas aparejadas en la costa para conducirlo al interior. ¡No sólo 400 mulas se obligaría Soffia a tener listas en la ribera del mar! Mucho más que eso, desde que era el precio del triunfo de su campaña diplomática.

En esos días llegó un telegrama del Presidente dirigido a Soffia que decía así:

"Octubre 11 de 1883. Prevenga al coronel Velásquez aunque parezca innecesario que si el General se presenta por allá a él le corresponde el mando de todas las fuerzas. El coronel quedaría en el puesto que le correspondiese o el general le asignare".

Soffia antes de darle curso consultó a Aldunate manifestándole cuan duro sería para Velásquez una notificación de esa clase, y Aldunate lo autorizó para retenerlo según se desprende de la respuesta de Soffia:

"Soffia a Aldunate. Octubre 12 de 1883. Recibido su cablegrama del 11. No comunicaré a Velásquez el parte de S. E.

Santa María, siguiendo sus arraigados principios de preeminencia civil, quiso que Lillo se incorporase en el ejército de Arequipa como representante del gobierno, pero Lillo no pudo hacerlo porque los acontecimientos militares, se desarrollaron muy rápidamente (7). Todos sus propósitos se frustraban.

De este modo Velásquez fué el jefe de la campaña de Arequipa contra la voluntad del Presidente y burlando las esperanzas de Lynch. Santa María sin darse cuenta de cómo habían pasado las cosas y no pudiendo atribuir nada contrario a sus deseos en su ministro predilecto echó la culpa de lo sucedido a Lynch con acritud, y lo habría hecho responsable de cualquier suceso adverso. Creía que a la tenacidad del General en cambiar el plan se debía que no dirigiera la expedición como él lo deseaba, y le escribió representándose en términos que importaban una severa censura.

(7) "Santa María a Lillo. Octubre 22 de 1883. Aunque la expedición de Arequipa no debería inspirarme cuidado alguno, eecho de menos en ella un *cucalón* que pueda con sano criterio apreciar las diversas emergencias que puedan ocurrir. Puede no haber resistencia, que es el caso más probable, y entonces es menester que alguno se apodere de aquella situación para entenderse con el vecindario y organizar gobierno, según los propósitos de Lima, de manera que Montero y demás caudillejos no perturben una situación que nos ha costado tanto crear. Que obren más tarde como mejor les parezca, etc."

"¿Quieres tú irte al lado de Velásquez o de quien quiera que sea el jefe de las fuerzas expedicionarias, de manera que lleves allí la autoridad y el pensamiento del Gobierno, dejando a los militares que se desenvuelvan en la parte que les es propia, siempre que no haya entre ellos alguna división que exija la voz autorizada de un tercero que ponga término a esta división?"

Como ya se sabe, Velásquez estaba en Moquegua con la división que llevó de Tacna. En aquella población no encontró enemigos. Somocurcio se había retirado al saber su venida. Para ir a Arequipa desde Moquegua tenía que repetir una campaña por el desierto semejante a la de 1880, si bien, como ya lo he dicho por una zona menos estéril. Esta vez tendría menos dificultades que las que venció el patriotismo de Sotomayor y más elementos de movilidad que entonces. Así, por ejemplo, en mulas llevaría dos o tres veces más, en proporción. Con la experiencia adquirida la provisión de agua sería más cuidada. El solo refuerzo de Lima traía cien toneladas para ese servicio.

Canto y la división auxiliar de Lima

La división auxiliar organizada en Lima se embarcó en el Callao y bajó en Pacocha en los primeros días de octubre. La mandaba el coronel Canto, y constaba de 3.000 hombres distribuidos así: batallones, el de línea N^o 2, y el 4^o también de línea. El jefe del N^o 2 era Canto y el del 4^o Solo Zaldívar. Además el Lautaro comandado por el teniente coronel don Fidel Urrutia; el Curicó mandado por el teniente coronel don Ramón Carvallo Orrego; dos escuadrones de Cazadores a caballo, dos de Carabineros de Yungay, y seis piezas de artillería de montaña. Esta columna de refuerzo llegó a Moquegua en los primeros días de octubre. Soffia cumplió su compromiso. En vez de las 400 mulas ofrecidas, Canto encontró en Pacocha 600, bien aperadas, y con esos elementos el viaje de la tropa, costeando el río Ilo gran parte del camino, llevando una mula cargada para 5 hombres fué casi un paseo. Cada soldado tenía en su canana 80 tiros y en el parque una reserva de 100 más por rifle, o sea 180 por cabeza (8).

Este refuerzo se reunió con el resto de la división en Moquegua. La tropa llevada por Velásquez de Tacna se distribuía así: batallón N^o 5 ó Santiago, el antiguo cuerpo de Lagos, mandado ahora por el coronel don Vicente Ruiz; el Carampangue, su jefe el teniente coronel don Demetrio Guerrero; el Rengo comandante don Gabriel Alamos; el Angeles comandante don José Manuel Borgoño; los escuadrones General Las Heras, comandante don Duberli Oyarzún y General Cruz, comandante don N. Gacitúa. Además 5 piezas de artillería, a cargo del mayor Fernández.

Las dos columnas reunidas constaban de 5.200 hombres. Se las reforzó en el curso de la campaña con dos cuerpos más con 1.200 hombres próximamente, el Aconcagua y el Coquimbo y además con unos 600 a 700 que condujo desde Valparaíso, Gorostiaga, el vencedor de Huamachuco, los que llegaron tarde y por consiguiente no tuvieron figuración en ella.

En esa división había cuatro cuerpos de infantería de línea, el 2^o y el 4^o, el 5^o ó Santiago y el Lautaro, y en la caballería los Cazadores y Carabineros. Todo lo demás era movilizado: el Carampangue, el Rengo, el Angeles, el Curicó y los escuadrones Las Heras y Cruz.

El 10 de octubre Velásquez fraccionó su cuerpo de ejército en dos divisio-

(8) Esa columna tenía para sus primeras marchas la provisión siguiente:

"Sacos de charqui, 250; de galletas, 420; sacos de arroz, 180; id. de frejoles, 400; de azúcar, 50; de sal, 40; de harina, 450; barriles de manteca, 150; sacos de café, 25; de ají, 8; fardos de pasto, 650; sacos de cebada, 1.000; barriles con agua, 100; caramañolas, 1.000; pares de botas, 2.000; juegos de herraduras, de caballos, 300; id. de mulas, 300".

nes: una la que él llevó de Tacna, a cuyo frente colocó al coronel Ruiz, agregándole el N^o 4 de la tropa de Lima; la 2^a división que confió a Canto se formó con todo el refuerzo del norte menos ese cuerpo. La sección de Ruiz tomó el nombre de división de vanguardia. Era la favorita del Comandante en Jefe; la *suya*; la que él había formado, en la cual figuraban todos los oficiales que habían estado a sus órdenes, muchos de los cuales eran sus amigos.

A mediados de ese mes se inició el movimiento de penetración al interior, en escala, para que fueran mejor atendidos los pelotones sucesivos, a medida que llegaran a sus alojamientos en la tarde, después de las largas marchas del día. La división pasó por la cuesta de los Angeles y de allí torciendo al norte fué a Moromoro y Omate, lugarejos con alfalfa y agua, situados en el cauce del Tambo, río pobre y eventual, que desagua en el mar, al sur de Mollendo. La vanguardia la condujo siempre Ruiz sirviéndole de avanzada la caballería de Vargas. Todos los cuerpos marcharon sucesivamente por ese camino. Fué un viaje más o menos penoso, pero sin ningún incidente.

Dejémoslos momentáneamente en Moromoro y Omate y miremos a Arequipa. Esta ciudad no carecía de medios de defensa. Tenía un pequeño ejército de línea que debía fluctuar entre 3 y 4.000 hombres, y una guardia nacional numerosa, cuya cifra no se puede dar exactamente con los datos oficiales conocidos, pero se sabe que a lo menos constaba de once batallones. El armamento era bueno. El ministro del Perú en La Paz, don Manuel María del Valle, había conseguido hacerle llegar secretamente 8.000 rifles con 250 tiros por hombre cada uno; suficientes sables; mulas para la movilidad, tela para uniformes, y una lucida y flamante batería Krupp de montaña del último modelo. Además había obtenido de Campero que auxiliara ese ejército con una modesta subvención mensual en dinero. Arequipa tenía, pues, hombres y armas para defenderse en buenas condiciones, y además poseía en los alrededores sitios inexpugnables. Lo que le faltaba era gobierno y espíritu de sacrificio.

El ejército de Montero tenía su asiento principal en Arequipa, pero había colocado una vanguardia fuerte en la cumbre de una serranía que cortaba transversalmente el camino a la costa, y que tenía que pasar la división de Velásquez. Se llamaba la cuesta de Huasacachi y tiene mucha analogía con la de los Angeles. En sus airadas cimas que dominaban un gran campo de tiro en inclinación, una guarnición resuelta podía detener a un ejército cuatro y cinco veces mayor. Cada montículo o picacho de aquel lomo de piedra era una fortaleza. Y si el enemigo conseguía asaltarlo, la guarnición podía formar en otras alturas de retaguardia una segunda línea más fuerte aun en la quebrada o portezuelo de Puquina, llave de Arequipa, adonde por su vecindad estaba en situación de acudir todo el ejército que guarnecía esta ciudad, con lo cual el combate habría sido desproporcionado porque un soldado colocado en Puquina representa como eficiencia a muchos asaltantes. Tales eran las posiciones recíprocas. Ruiz y Canto habían llegado a Moromoro y Omate, casi al pie de la cuesta de Huasacachi; el enemigo dominaba ésta y tenía su retirada franca a Puquina.

La campaña hasta entonces no había tenido relieve. Hasta el escalamiento de la cuesta de Huasacachi no presenta nada notable, pero fué dirigida con acierto. La provisión de víveres y agua se hizo oportunamente. Antes de detenerse en un punto se sabían de antemano los recursos con que se podía contar,

porque Velásquez los hacía estudiar previamente por la caballería. A la vanguardia marchó siempre Ruiz con el Santiago o 5º, su batallón, del cual no se separó jamás.

Se desprende de esta descripción que el problema estratégico consistía en dominar Huasacachi y sin perder un minuto perseguir a la guarnición fugitiva para evitar que se congregara con el ejército de Arequipa en Puquina, en la inteligencia que si aquello se conseguía y Puquina era tomado, Arequipa no podía defenderse. Velásquez comprendió perfectamente el problema y lo resolvió con resolución.

El coronel Ruiz reconoce Huasacachi

Hizo reconocer por Ruiz la cuesta de Huasacachi, para estudiar la posición y saber cómo atacarla. El 22 de octubre antes de amanecer aquel jefe con el batallón N° 5, el escuadrón Las Heras y cinco piezas de artillería, se deslizó por las laderas del cerro sin ser visto ni sentido hasta encontrarse, al venir el día, a una distancia de 2 a 3.000 metros de la cumbre. El enemigo sorprendido le hizo fuego de cañón que él contestó, con lo cual pudo medir el alcance de las piezas peruanas. Después retrocedió a su base que era Moromoro u Omate, donde le aguardaba Velásquez con el Cuartel General y el resto de la división. En el campamento peruano se celebró como un triunfo la retirada de Ruiz.

La noche del reconocimiento de Huasacachi estaba allí el general Canevaro, General en Jefe del ejército de Arequipa. Había ido a visitar su gran avanzada. Al presenciar los disparos volvió bridas a su montura y se marchó a Arequipa de carrera para sacar su guarnición y trasladarla a Huasacachi o a lo menos a Puquina, la segunda y formidable línea, para el caso de ser forzada la primera. Llevó la noticia de que Ruiz había sido derrotado, en vista de que después del tiroteo a cañonazos había retrocedido a su base.

Era preciso, pues, andar ligero y Velásquez no titubeó. Ese día dispuso todo para que en la noche del 22-23 de octubre se asaltara la cuesta de Huasacachi repitiendo el plan de los Angeles. La infantería se corrió por los costados; la artillería y caballería amagó el frente. Ruiz con su fiel N° 5, el Carampangue, el Rengo y dos compañías del Angeles mandadas por el 2º comandante Silva Arriagada, flanquearía las posiciones por la derecha, escalando los cerros de noche para no ser visto; en la misma forma lo haría Solo Zaldívar por la izquierda con el N° 4 y dos compañías del Angeles dirigidas por Borgoño. Los comandantes de cuerpos, Silva Arriagada y Borgoño, disputaban

Asalto de la cuesta de Huasacachi

con noble emulación a sus oficiales los peligros del día poniéndose al frente de compañías como simples capitanes. La caballería de Vargas, y la artillería dirigida por el capitán Fernández amagaban la posición enemiga por su frente. El Cuartel General ocupaba también el centro.

La defensa de Huasacachi estaba confiada al coronel don José Godinez. La guarnición tenía cinco cuerpos de infantería de línea y uno cívico. Los de línea eran el Constitución, el Ayacucho, el Arequipa, el Grau y el Bolognesi. El cívico, el N° 10 de guardias nacionales; además un cuerpo de caballería y alguna artillería. Lo probable es que esa vanguardia tuviera entre 1.000 y 1.500 hombres.

Ruiz y Solo Zaldívar cumplieron perfectamente su comisión. Cuando los primeros rayos del 23 de octubre doraban la cima de la cuesta, sus defensores

se encontraron flanqueados por ambos lados. Visto esto, las tropas de Godínez se entregaron a la fuga sin disparar un tiro, arrastrando las más avanzadas a las de más atrás, y ese espeso ventarrón de miedo se derramó por toda la línea y un rato después no se veían sino los bultos negros de los dispersos, corriendo hacia Puquina, por los cerros pelados, perseguidos sable en mano por los jinetes de Vargas, que no los alcanzaban por lo quebrado del camino. Esta operación fué tan rápida que a las 6 A. M. del 23 se saludaban, batiéndose, la bandera clavada en la cima de Huasacachi con la del Cuartel General de Velásquez situada al pie de la cuesta.

Velásquez no tuvo vacilaciones. Marchó rápidamente a ocupar a Puquina, y entonces hizo el ejército chileno una de las pruebas más notables de vigor físico que es imposible concebir. El escabroso camino de Huasacachi a Puquina fué recorrido por la tropa sin alojarse. Anduvo desde Moromoro a Puquina más de un día completo incluso la noche, sin dormir, ni comer sino la provisión fría de la mochila, por alturas de 3 a 4.000 metros y sin descansar más que a ratos, sentándose en las rocas del camino apoyada en el rifle clavado en el suelo, entre las piernas. Y así llegó la división a Puquina. La guarnición veterana de Arequipa había sido colocada allí por Canevaro el día antes en una situación fortísima llamada Chacahuayo que dominaba el portezuelo que era el paso forzoso a Arequipa. En ese sitio había cuatro batallones de línea y dos escuadrones.

Los defensores de Chacahuayo hicieron como su vanguardia. Al aproximarse los chilenos huyeron dejando franco el paso a la ciudad.

La noticia del asalto de Huasacachi se supo en Arequipa el 24. La ciudad se consideró perdida, pero Montero conservó su apostura heroica, hasta lo último. El municipio le fué a pedir que se batiera fuera de la ciudad para no destruirla sin objeto, y él le contestó que pelearía en los suburbios, en las calles, y hasta en su cuarto. La Municipalidad se retiró aterrada, haciendo comentarios: este hombre, decía, quiere sepultarse en los heroicos escombros de la población; ¡qué locura! El pueblo en grupos discutía acaloradamente la resolución del Presidente.

Amaneció el siguiente día 25 y al saberse que el paso de Puquina había sido forzado la alarma se desbordó por la ciudad. La autoridad, hizo tocar la campana municipal para que el pueblo se congregara en la plaza, como en la Edad Media y allí Montero le habló diciéndole que un ejército chileno de 16.000 hombres, magníficamente armado, y que no era posible detener, amenazaba a Arequipa. Y después de ese sugestivo preámbulo le preguntó si quería combatir, ofreciéndose para morir a su cabeza.

¡Qué había de querer combatir cuando él se encargaba de exagerar el poder del enemigo al triple a lo menos!

Desde ese momento empezaron horas terribles para Arequipa. El pueblo exaltado, educado en la rebeldía, asesinó a un respetable miembro del municipio, porque había observado la imprudencia de ese llamamiento popular por campanas, y buscó por todas partes para matarlo al Jefe de Estado Mayor, el respetable coronel don Belisario Suárez, que defendía a su patria desde los primeros combates en Tarapacá. La guardia nacional salió de sus cuarteles e hizo causa común con el pueblo. Las castas de Arequipa, los negros y zambos, recorrían fusil en mano las calles obligando al vecindario decente a esconderse en

sus casas. Montero hizo un último esfuerzo honroso. Se presentó a un cuartel de cívicos acompañado de un escuadrón de escolta y de un grupo respetable de jefes; entre otros el del Estado Mayor, el general en jefe Canevaro, cinco ayudantes, algunos civiles. La tropa le hizo una descarga a boca de jarro que le atravesó el kepi, le mató un ayudante y cinco o seis soldados.

El populacho supo que en la estación se caldeaba una máquina y creyendo que en ella se escaparía Montero, asaltó el edificio.

Hasta ese momento el motín era del populacho y de la guardia nacional. El ejército de línea no volvía aún de Puquina. Cuando llegó fraternizó con la revuelta consagrándola definitivamente. En la noche Montero con Canevaro y los principales oficiales de la plaza huyeron de la población y se dirigieron a

*Fuga de Montero y
rendición de Arequi-
pa*

Bolivia, pasando por Puno, adonde no se atrevieron a entrar sabiendo que el pueblo los esperaba para asesinarlos. Allí se embarcó en un vapor del lago Titicaca y se refugió en Bolivia, donde encontró a su fiel aliado Campero que había salido de La Paz apresuradamente en defensa de Arequipa con dos batallones. ¡Qué cuadro tan expresivo el de esos hombres despidiéndose en los bordes melancólicos del lago en un supremo abrazo de desconsuelo, que fué el último de la Alianza!

Montero delegó su cargo de 1.º Vicepresidente y de Presidente en ejercicio durante el destierro de García Calderón, en el 2º Vice, coronel Cáceres.

En vista de todo lo que ocurría, la Municipalidad arequipeña solicitó del cuerpo consultar que se apersonase a Velásquez, le ofreciera la rendición de la ciudad y le pidiera garantías. Velásquez envió a Fuentes y a Vargas con alguna tropa a ocupar a Arequipa y él se quedó con el grueso de la división en Paucarpata, para que se le hiciera la entrega de la ciudad ahí, en ese suburbio arequipeño en que se había firmado en 1837 entre Blanco Encalada y Santa Cruz un tratado que el orgullo nacional chileno había repudiado.

El 29 de octubre se suscribió en ese lugar el acta de rendición de Arequipa por el municipio y los cónsules.

Se habían cumplido las inteligentes previsiones de Santa María. Bastó un *amago* serio en Huasacachi y Puquina para que Arequipa se rindiera sin combatir y para que desapareciera el gobierno de Montero.

IV

La campaña de Arequipa ahondó la disidencia anterior del Presidente con Velásquez. Este, frío y reconcentrado, omitió darle cuenta de las operaciones, en tal forma que Santa María ni sabía donde se encontraba la división, ni qué camino tomaba, ni qué ocurría en la marcha. El 27 de octubre le escribía a Altamirano: "No sé dónde está Velásquez". Tres días después decía: "Velásquez no me ha escrito una letra ni dado al gobierno cuenta oficial de sus movimientos". Y en telegrama a Soffia se expresaba así:

*Velásquez sin escri-
bir al Presidente*

"Santa María a Soffia. Oficial ni privadamente comunica Velásquez marchas y operaciones. Tampoco comunica al General en Lima para recibir de él instrucciones, elementos y recursos. Este procedimiento es irregular e inaceptable".

Leyendo la correspondencia particular de Santa María se comprende su indignación. Su naturaleza nerviosa vivió sobresaltada durante toda la campaña. Temía que los refuerzos no hubieran llegado oportunamente; que faltase algo en las marchas; que los peruanos hubiesen minado los caminos con bombas explosivas como en Arica, según pensaban hacerlo y él lo sabía, y en vano se dirigía a todas partes pidiendo informaciones, y el comandante en jefe permanecía mudo aumentando su ansiedad patriótica. Telegrafió a Lynch, ignorando que aquella orden suya, colocando a Velásquez bajo su autoridad había sido retenida y Lynch le contestaba como era natural, que no sabía nada. Sus angustias patrióticas eran legítimas y respetables, y al diapasón de ellas fué su indignación. Su primera medida al saber la rendición de Arequipa fué avisar a Velásquez que quedaba sometido a Lynch, e hizo reiterar su telegrama por un oficio ministerial en que hacía dependiente del Cuartel General de Lima todo el territorio del Perú situado al norte del río Locumba. A Velásquez le escribió.

"Santa María a Velásquez. Enero 8 de 1884. No debo disimularle que ha faltado Ud. al doble deber que le imponían las relaciones oficiales y las privadas que mantenía Ud. conmigo.

"Mejor que nadie conocía Ud. el vivo interés que me despertaba la expedición a Arequipa, que perseguía con constante tesón, desde que no se me ocultaba, dada la situación política del Perú, que allí estaba la solución del problema. Sin embargo, de esto y de saber Ud. a que plan y propósitos obedecía, no me escribió Ud. una letra desde que salió Ud. de Pacocha ni se dirigió tampoco al gobierno cuando sabía Ud. bien que yo tenía en la mano los hilos del negocio, y que las ulteriores determinaciones dependían de la actitud de Bolivia y del curso que llevase la marcha de Ud."

Santa María daba toda la importancia que tenía a la ocupación militar de la línea Mollendo-Arequipa. La hizo extender a Puno ordenando que fuese ocupado y en efecto lo fué por una columna de las tres armas, compuesta de los batallones Aconcagua y Coquimbo, 25 Cazadores a Caballo y 2 piezas, mandada toda ella por el coronel don Diego Dublé Almeida.

Colocado allí el ejército, se decía Santa María, está resuelta la paz con el Perú y Bolivia. Si la asamblea peruana que debía reunirse en marzo desaprobaba el Tratado de Ancón, el Presidente estaba resuelto a trasladar el ejército a esa línea, y en cuanto a Bolivia con el enemigo en su frontera y con la llave de su comercio en manos de Chile, tendría que someterse a la solución que se le ofreciera. He aquí las instrucciones que impartía a Lynch:

La línea de Arequipa y la paz

"Santa María a Lynch. Noviembre 14 de 1883. En cuanto a Arequipa nuestra conducta está trazada en el Tratado. Dejando a Iglesias que organice el gobierno civil cuando tenga elementos para ello, nosotros habremos de ocupar con *seguridad* y *comodidad* (sic) los lugares que tiendan a afianzar nuestra ocupación de Mollendo a Puno y demás lugares inmediatos. Así mantendremos en jaque a Bolivia, y así seremos dueños también de una línea estratégica que nos permitirá, si es necesario, desocupar a Lima. Si el Perú no aprobare el Tratado dejaríamos establecida a firme nuestra ocupación en toda aquella línea sin que nadie pudiese arrojarnos de ella, y sin que nadie pudiera sorprenderse tampoco de esto, ya que el Perú burlaba sus más serios compromisos. En una palabra, no nos moveremos de la línea de Arequipa sino es con el Tratado ratificado. En este sentido debes obrar".

La toma de Arequipa colocaba en situación brillante la causa de la paz. No había sino una nube. Era Cáceres que ocupaba Andahuaylas con 1.000 hombres armados, una indiada, alguna caballería y 4 cañones Krupp. Las fuerzas de Cáceres no causaban ninguna preocupación, pero Urriola que estaba en Ayacucho había escrito anunciando que tendría que retirarse al norte por escasez de municiones y forraje. Se sabía que en el Cuzco se hacía un reclutamiento de gente y se temía que con la retirada de Urriola, Cáceres quedara en situación de incorporarla a su columna, tomarse el Cuzco, ocupar Ayacucho y levantar un simulacro de gobierno engañoso para los enemigos de la paz y sobre todo para las potencias extranjeras.